

# La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano.  
Manuel Orozco y Berra.  
Hilarion Frias y Soto.  
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

## EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO III. }

MÉXICO, MAYO 15 DE 1873.

{ NUM. 36.

### CUENTOS DE MI ABUELO.

#### EL MANOJITO DE GUINDAS.

(Continúa.)

Gustavo practicó efectivamente esquisitas diligencias para dar con la buena moza del sombrero verde, cuyas señas se hallaban tan grabadas en su cabeza como en su corazón. Recorrió todos los paseos públicos, teatros, bailes, conciertos; en una palabra, todos los sitios de Paris en que se forma la menor reunion; pero no le fué posible hacer el mas simple descubrimiento, ni obtener un indicio solo.

De allí á un mes, al volver Emelina del paseo, halló sobre la mesa de su tocador un canastillo cubierto de tafetan blanco, y adornado de bordaduras, que la doncella de casa le dijo habia traido una persona de confianza. Recelándose ciertamente Emelina de que de nuevo venia esto de la amable Clotilde, descubre el canastillo en presencia de su madre, y le halla lleno de confites de toda especie. Encima habia una esquelita en que la desconocida le decia, que habiendo sido madrina, y colmada de regalos, seguia la divisa que no saldria nunca de su memoria, y la habia hecho bordar sobre el canasti-

llo. En efecto, se leia delante de él, en letras doradas, y á las que rodeaba un ramo de guindas cubiertos con sus propias hojas: *Lo que poseemos vale doble, cuando tenemos la dicha de partirlo con otros.*

Este ingenioso recuerdo causó la mas viva conmocion en toda la familia de Clinville. Si sus delicados miramientos tenian que sufrir algo con tantas dádivas anónimas, no podian resistirse al modo con que eran ofrecidas. No fueron, pues, nada escrupulosos Emelina y su hermano para probar de los copiosos y sabrosos confites, de que al parecer venia colmado el canastillo. Pero ¡cuál fué su asombro al hallar bajo estos chochos una media docena de primorosos abanicos, seis enteras de pares de guantes, y por último, un chal blanco de Cachemira, con un ancho bordado del mas esquisito dibujo!

«No puedo tomarme la libertad, prorumpió Emelina, de llevar un adorno de tanto valor sin saber de mano de quién viene. Unas simples guindas ofrecidas á la verdad con el mejor corazón, no pueden atraerme regalos tan considerables.—Apruebo tu discrecion, le dijo su madre. Todo está anunciando que nuestras bellas desconocidas son de una clase y conveniencias, que no nos permiten usar de represalias con ellas; y únicamente las personas iguales han de regalarsé mutuamente entre sí.»

Convínose, pues, en que el rico chal quedaria encerrado, hasta que fuese posible devolverse á la que le habia ofrecido, desde que la conociesen. Emelina no quiso usar ni aun de los abanicos y guantes, que se depositaron en el bonito canastillo; y solo se tomó algo de los confites que habian servido de pasaporte.

Gustavo, aunque uno de los primeros alumnos de la Escuela Politécnica, ayudaba con frecuencia á su hermana á gustar todas estas golosinas, y repetia diariamente al comerlas: «¡Ah! ¡yo te descubriré, generoso y hechicero sombrero verde! ¿Qué joven, por mas indiferente que fuese, no aspiraria á la dicha de conocerte? Sí, sí, te descubriré.»

Las nuevas pesquisas de Gustavo fueron tan infructuosas como las primeras. En balde corria incesantemente tras todos los sombreros verdes que de lejos alcanzaba á ver en Paris: no hallaba aquella reunion de gracias, de juventud, fresca y expresion de que su hermana le habia hecho tan fiel y atractiva pintura.

Emelina, que experimentaba no menos que su hermano el deseo de conocer á aquella con quien habia repartido sus guindas, dispuso una esquila, y la entregó al portero, con órden espresa de darla á la persona que de nuevo se presentase. Este billete, cuyo

sobrescrito era: *Al primoroso sombrero verde.....* estaba concebido en estos términos:

«Si es vd. tan delicada de alma como tiene hechicera la cara, ha de venir en la resolución que tengo tomada de no hacer uso ninguno de cuantos regalos me ha dirigido. En virtud de lo cual declaro á vd. que están depositados en poder de mi madre, que se halla tan atormentada como yo con el anónimo papel que vd. representa tan tenaz y cruelmente.

EMELINA DE CLINVILLE.»

Fiel el portero en ejecutar las órdenes que había recibido, no fué depositario por mucho tiempo de este billete. De allí á dos días el mismo recadero se presentó en su garita con un paquete que entregó, y quiso volverse como de costumbre; pero el portero, antiguo militar, y forzado todavía, le cogió por los hombros, llamó gritando á Gustavo de Clinville, que seguido de su madre y hermana bajó prontamente, y quiso saber del mozo de esquina quién le enviaba. Ni ruegos, ni amenazas, ni ofertas de una buena propina fueron capaces de seducir á este hombre honrado. Cifóse á decir que se le había entregado el paquete por un criado viejo con librea encarnada, el que le había dado un duro por su recado; y que hallándose pagado tan generosamente, no descubriría el secreto que le habían confiado. «Ya que vd. es tan discreto, dijo Emelina, será servicial también. Hágame el favor de dar esta esquela al mismo criado que entregó á vd. el paquete. En nada espone esto la discreción de vd., de la cual le alabo, y sabré ser reconocida á tanto servicio.—Si no se trata mas que de entregar una esquela, respondió el mozo de cordel, lo haré con mucho gusto, y puede contarse con mi puntualidad; pero no intenten vdes. seguirme, porque serian tiempo y trabajo perdidos.....» Diciendo esto, salió disimuladamente con la esquela que Emelina le había entregado.

(Continuará.)

## LA FLOR Y LA MARIPOSA.

(APÓLOGO.)

Sobre las delicadas hojas de una rosa que se había entreabierto para recibir en su cáliz los primeros rayos del sol, vino á posarse un atrevido gusanillo, una mañana del mes de Enero.

—¿Qué buscas en mis pétalos? le preguntó la flor, estremeciéndose al sentir sobre ellos las patitas del insecto.

—¿Qué busco? replicó el humilde gusanillo; busco un lugar donde reposar, porque siento mi cuerpo fatigado.

—¡Fuera! contestó la flor; ¡fuera! que puedes manchar mis hojillas con tus patas.

Abandonó el gusano á la inhospitalaria flor, y prosiguió su camino buscando un lugar tranquilo donde dormir.

Pasaron días y mas días, y el gusano, convertido en informe larva, parecía muerto sobre una verde hoja de la flor que le negara su abrigo.

Entretanto, la flor estendía al sol sus hojas, ya no débiles y pálidas como antes, sino llenas de vida y matizadas de bellísimos colores. ¿Se acordaba ella acaso del pobre gusanillo que le había pedido abrigo? De seguro que no. ¿Cuándo suele acordarse el que es feliz y admirado, del sér oscuro y olvidado?

Pero la naturaleza es justa; el que hoy está olvidado, mañana será contemplado.

Concluyeron los últimos días de Enero, y una mañana de Marzo, una de esas mañanas de cielo trasparente, de aire tibio, de perfumes y de luz, el pobre insecto, olvidado sobre la hoja, se sintió volver á la vida, se sintió fuerte y como si presintiera todas las bellezas que podría contemplar en saliendo de aquel sepulcro en que había dormido tanto tiempo, hizo esfuerzos por romperlo, lo consiguió, y entonces salió tímidamente de él, deslumbrados sus ojillos con la viveza de la luz que por tantos días habían dejado de contemplar.

Cuando hubo mirado el mundo de encantos que

le rodeaba, se miró á sí mismo y quedó sorprendido de su metamorfosis; ya no era el pobre gusanillo condenado á arrastrarse sobre la tierra; no, magníficas alas le adornaban, podía lanzarse al aire, jugar con las auras de la mañana, y si se sentía fatigado, reposar sobre las aterciopeladas hojas de la camelia ó de la rosa. Aquellas alas, torpes en un principio, se robustecieron bien pronto, y entonces comenzó la mariposa á revolotear alegre en torno de las flores. Después de un momento, atrajo su atención aquella flor que le negara su abrigo cuando era gusanillo, y se posó sobre ella. ¿Se quejó acaso la flor? No. ¿Quién se queja al sentirse cobijada por esas alas que deslumbran la vista con sus brillantes colores?

Quiso alejarse la mariposa, y la flor la detuvo con una dulce queja.

—¿Por qué me dejas? la dijo. ¿No te agrada la frescura de mis hojas? ¿No eres tú, como yo, una hermosa flor? ¡Somos hermanas!

—Sí, contestó la mariposa; mas no tienes esencia.

—¡Esencia! exclamó la flor, y ¿qué es esencia?

—La esencia, replicó la mariposa, es el alma de la flor.

Y se alejó á buscar en otros cálices la esencia que faltaba á aquel.

—¡Es verdad! murmuró suspirando una flor marchita; es verdad, amiga mía; yo fui hermosa y necia como tú; pero también sin esencia, y también, como á tí, me desdefiaron las mariposas, para volar en busca de otras flores menos bellas, pero ricas en perfume, y ahora ni pasajera se paran junto á mí, quedándose solamente los recuerdos de ayer.

¡Cuánta razón tenía la flor marchita! La esencia es el alma de las flores, y la virtud la esencia de la belleza. Una flor sin aroma es un cuerpo sin alma, y una hermosa sin virtud es una flor sin aroma.

A la flor inodora, solo le restan al morir recuerdos de su inútil belleza, y hojas marchitas que caen una á una en el lodo. La flor rica en perfume, muere también; mas sus despojos son briznas olorosas que el céfiro se complace en mecer sobre sus alas.

ANGELA LOZANO.

México, Mayo 1º de 1873.

## EL CANCON.

DRAMA BUFO EN DOS ACTOS Y TREINTA Y CUATRO CUADROS, CON UN PRÓLOGO Y DOS EPÍLOGOS.

ACTO SEGUNDO.

[Continuación.]

Chucha entre tanto, al ver que su rosquete y lo que se llevó Lorencillo es todo uno, se resigna á llorar; D. Bonifacio, enternecido, hace por consolarla, pero en vano.



Y la orquesta, como es natural, se desenfrena arrebatada por las mas atrevidas concepciones.



Aparece Pomposa á poco rato, agitando los brazos con toda la elocuencia del espanto.

D. BONIFACIO (*interrumpiendo sus meditaciones*).—¿Qué es eso, Pomposa? ¿qué hay? POMPOSA.—¿Qué ha de haber, señor, sino que el diablo en carne y hueso anda en esta casa?

D. BONIFACIO.—¿Qué me cuentas?

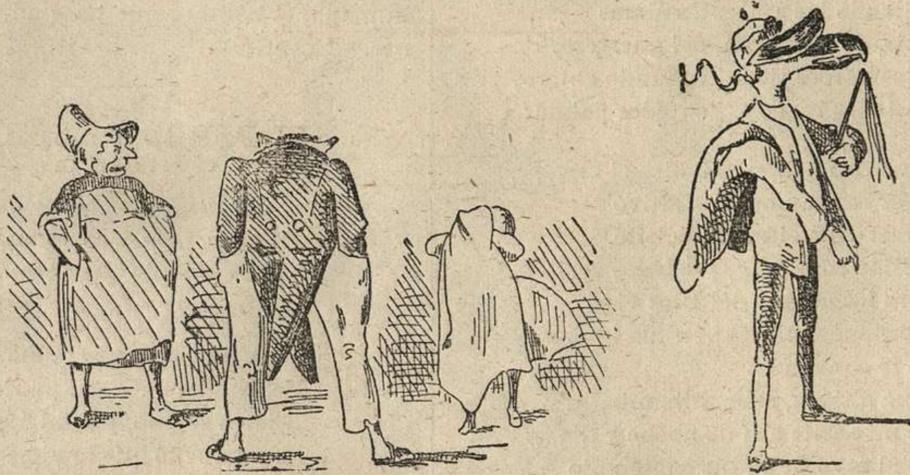
POMPOSA.—Figúrese usted, señor..... no, si yo no sé cómo no me he muerto del susto; figúrese usted que estaba Pepito muy entretenido echando agua por la ventana á las gentes de la calle, cuando en esto, señor de mi alma, que su polichinela le saltó como gato rabioso, y le ha dado cada tiron de orejas que cantaba el Credo.

D. BONIFACIO (*alarmado*).—¿Canario! ¡pues el tal polichinela vá sacando los piés del plato!

(El sensibilísimo D. Bonifacio se prepara á volar en auxilio de Pepe; pero no hay para qué, pues aparece el mismísimo Pepe arrastrando á su polichinela horriblemente descuartizado. Pepe revela en su actitud las pasiones de la ira, de la venganza y del encono mas profundos).



(D. Bonifacio entonces se mete las manos en los bolsillos del pantalon, y queda sumergido en hondas reflexiones. Chucha está á punto de convertirse en cañería por los ojos. Pomposa queda anonadada.)



(Para colmo de desdichas, aparece el Cancon con una disciplina en la mano.)

EL CANCON.—Caballero Bonifacio: el tal Pepito es un redomado bribon.

D. BONIFACIO.—¡Ay señor! ¡á quién se lo dice usted!

EL CANCON.—Pero yo no he dejado mi reino de Cancónia, solo por darle á usted tan fatal noticia. El caballero consabido es incorregible: necesito hacer un ejemplar que deje azorados para mucho tiempo á cuanto niño perezoso, embustero y gloton, hay y habrá en la época presente y en la venidera.

D. BONIFACIO (en tono deprecatorio).—¡Ah, Señor Cancon! ¡ruégole á V. M. que no sea escesivamente severo con Pepe! El es jóven y se enmendará..... ¿no es verdad, Pepito?

PEPE (lloriqueando).—¡Sí! ¡sí!



EL CANCON (con gravedad).—¡Vaya que sea! no me llevaré al Señor D. Pepe; pero es menester que se corrija.

(Continuará.)

LA NIÑA DEL VIGÍA.

Mariquita estaba sola en la torre del fanal. La noche se acercaba, y habia barruntos de tempestad, pues ya se veian las olas estrellarse contra las rocas, y el viento bramar alrededor de la torre.

El padre de Mariquita, despues de haber preparado las lámparas para que estuviesen listas cuando llegase la noche, y teniendo que comprar algunas provisiones, habia cruzado la calzada que unia la torre á la costa.

Estaba aquella construida sobre rocas y arenas, y solo podia pasarse dos ó tres horas durante el dia, pues todo el tiempo restante estaba cubierta por las aguas que crecian con la marea. Por esto el padre se apresuró á salir para volver antes que oscureciese.

Dos ó tres hombres de mala traza ocultos detras de un peñasco, espiaban los movimientos del padre de María. Eran raqueros, gente que vive del saqueo de los buques que naufragan en las costas. Sabiendo ellos que los muchos barcos que habian de pasar aquella noche se estrellarian contra los arrecifes, si el fanal no les advertia el riesgo, y que entonces tendrian ellos una buena presa, se propusieron apoderarse del vigía.

Llegado que hubo este á la costa, salieron los raqueros de su escondrijo, y le derribaron al suelo: atáronle de piés y manos, y le dejaron bajo la custodia de dos hombres, mientras los demas se dirigian á la costa.

María, entretanto, esperaba impaciente la vuelta de su padre. Dieron las seis, y ella no ignoraba que pronto la marea subiria. Dieron las siete: miró á la

costa, pero no vió á su padre. A las ocho ya la marea llegaba al borde de la calzada: solo las cimas de las mas altas rocas se descubrian sobre la superficie de las aguas, y muy pronto todo desapareció debajo de ellas.

¡Padre mio!! exclamó la acongojada niña como si pudiera ser oida, ¿has olvidado á tu hijita?

A este tiempo se acordó que era hora de encender las lámparas; pero ¿qué podia hacer la pobre niña estando las mechas demasiado altas para su estatura?

Cogió unos cuantos fósforos é hizo luz; probó si con la escalera podia alcanzar al lugar, y aunque la puso sobre una mesa, vió que aun le faltaba todavía un poco para llegar á las mechas.

Ya iba á sentarse descorazonada y afligida cuando se acordó de un gran libro en que su padre acostumbraba leer; trájole y colocándole al pié de la escalera la elevó lo suficiente para poder encender las mechas..... Los rayos de luz de las lámparas se derramaron sobre la superficie de las aguas, ya embravecidas por la tempestad, y los buques pudieron evitar aquella noche el peligro que les amenazaba.

A la mañana siguiente, pusieron los raqueros en libertad al vigía, quien, como ya la marea habia bajado, se vió muy pronto en los brazos de su hijita, y le oyó contar los trabajos que habia pasado aquella horrible noche en la torre del fanal.

EL ESPEJO Y EL AGUA.

(FABULA.)

Disputaron el agua y el espejo,

Y fué la riña del terror siguiente:

—ÉL: Yo, de génio duro, lo reflejo

Todo sin aprension exactamente.

—ELLA: Pues yo, con mi carácter blando,

Todo lo pinto á medias y jugando.

—El defecto menor, el mas pequeño

Tizne que manche un rostro, yo lo enseño.

—La mancha enseñarás; pero, amiguito,

Hago yo mas que tú, pues yo la quito.

*Eñoja la desnuda reprimenda;*

*Dulce amonestacion produce enmienda.*

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO III.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS DENTRO DE LA CASA.

ARTICULO VII.

*Del modo de conducirnos con nuestra familia.*

[Concluye.]

XII

La confianza no nos autoriza para usar de los muebles y demas objetos pertenecientes á las personas con quienes vivimos, sean estas quienes fueren, sin previo permiso, y sin asegurarnos de antemano de que no vamos á hacer una exigencia indiscreta, por cuanto el dueño de lo que necesitamos puede tambien necesitarlo.

XIII

Por regla general, jamas usaremos ni pretendemos usar de aquellos objetos que sirven á los demas para el aseo de su persona. Solo entre familias mal educadas se cree que es cosa lícita, y aun una prueba de union y de confianza, el servirse de la aljofaina, de los peines, de las navajas de afeitar, de las tijeras de cortar las uñas, y de los demas muebles de esta especie que entre la gente culta conserva cada cual para su uso esclusivo.

XIV

Tampoco nos es lícito pedir á otro sus vestidos, los cuales son igualmente de uso esclusivo. Tan solo es permitido entre madres é hijas, y entre hermanas,

el prestarse aquellos objetos de puro adorno, como cadenas de oro, zarcillos, brazaletes, etc., y esto en los casos en que la necesidad lo haga absolutamente imprescindible.

## XV

No hagamos variar nunca las cosas que no nos pertenecen de los lugares en que cada uno las ha colocado. Siempre es desagradable echar de menos lo que se busca, y que acaso se necesita encontrar inmediatamente para usos urgentes; pero debemos considerar además que toda variación de esta especie produce un trastorno de más ó menos entidad, el cual trae consigo una pérdida de tiempo que jamás debe el hombre bien educado ocasionar á nadie.

## XVI

Acostumbremos dejar siempre las cosas ajenas de que nos sirvamos en la misma situación en que las encontremos; y cuando fuera de nuestro aposento nos veamos obligados por una necesidad justificada á abrir ó cerrar puertas ó ventanas, ó á hacer variar la colocación de un mueble ú otro objeto cualquiera, no olvidemos restituirlo todo á su anterior estado tan luego como haya cesado aquella necesidad.

## XVII

No entremos jamás á ningún aposento, aun cuando se encuentre abierto, sin llamar á la puerta y obtener el correspondiente permiso. Esta regla es todavía más severa, cuando se trata de los departamentos en que habitan personas de otro sexo, en los cuales, por otra parte, procuraremos no penetrar sino en casos de urgencia.

## XVIII

De la misma manera evitaremos en todo lo posible penetrar en los ajenos dormitorios antes de haberse estos ventilado, pues no gozándose entonces en ellos de un aire puro, nuestra presencia habría de mortificar necesariamente á las personas que los habitan.

## XIX

La dignidad y el decoro exigen de nosotros que procuremos no llamar la atención de nadie antes ni después de entregarnos á aquellos actos que, por más naturales é indispensables que sean, tienen ó pueden tener en sí algo de repugnante.

## XX

Siempre que alcancemos á ver á una persona que por creerse sin testigos se encuentre mal vestida, ó en una disposición cualquiera en que debemos pensar que le sería mortificante el ser observada, apartemos nuestra vista ó alejémonos de aquel sitio con discreto disimulo. Pero cuidemos mucho de manifestar con la naturalidad de nuestros movimientos que nada hemos visto, pues un aire de sorpresa ó de mal fingida distracción, causaría á aquella persona la misma mortificación que tratáramos de evitarla. Esta regla es aún más importante respecto de personas de distinto sexo, especialmente cuando es el pudor de una mujer el que ha de contemplarse.

## XXI

Entre gentes vulgares suele creerse que estas reglas pierden de severidad, siempre que han de ser observadas entre esposos, entre padres é hijas, y entre hermanos y parientes de diferente sexo. Es gravísimo error. Las leyes de la moral y de la urbanidad no reconocen grados de parentesco, ni establecen excepción ninguna, cuando se trata de los miramientos que se deben al pudor y á la decencia; así es que las contemplaciones que en tales materias obligan á un hombre respecto de una mujer estraña, son exactamente las mismas que ha de usar el padre con su hija, el esposo con su esposa, el hermano con su hermana.

## XXII

Por lo mismo que es en el círculo de la familia que gozamos de la mayor suma de libertad que está concedida al hombre en sociedad, debemos vivir en

él más prevenidos para evitar toda falta contra el decoro, todo abuso de confianza, todo desliz que en alguna manera pueda ofender los fueros de la decencia y las nimias delicadezas del pudor y del recato.

## LA PALMA Y EL OLIVO.

[FABULA.]

Engreida, orgullosa, altiva y fiera  
Una gentil palmera  
Su pomposo penacho al aire daba,  
Y á un humilde aceituno despreciaba,  
Por no tener su erguida cabellera.

—«Mira mis trenzas, dijo,  
Y muérete de envidia, al ver al hombre  
Buscarlas siempre con afán prolijo,  
Cuando desea eternizar su nombre.  
Mientras tú con tus hojas y ramaje  
Leña al fuego le das y leña solo,  
Rival yo escelsa del laurel de Apolo  
Sobrevivo del tiempo al rudo ultraje;  
Y estimulando las ardientes almas  
Del mártir, de la vírgen, del guerrero,  
De cuantos héroes tiene el mundo entero,  
Premio á todos les doy, y á todos palmas.»

—«En verdad que es así, dice el olivo;  
Mas no por eso con orgullo altivo  
En despreciarme cifras tu deleite,  
Que humilde como soy, produzco aceite,  
Y alumbró los altares del Dios vivo.  
¿De qué entonces allí sirven tus trenzas?  
Para que te convenzas  
De tu vana altivez, sabe, hija mía,  
Que arde mi aceite allí de noche y día,  
Mientras al rayo de su luz contemplo  
Que esas tus palmas, con que así te embobas,  
Le sirven solo al sacristán de escobas  
Para barrer el templo.»—

*Nadie sea orgulloso, que es díslate  
Que con razón la fábula reprueba:  
Dios al humilde y al modesto eleva,  
Y al jactancioso y al soberbio abate.*

## AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

La mayor parte de los maestros siembra plantas en vez de semillas; no procedais de los principios más sencillos.

En primer lugar, deben ejercitarse los sentidos; después la memoria; después el entendimiento, y por último, el juicio; comenzando todo como lo hace la ciencia, con una inducción.

El discípulo no debe aprender de memoria nada que no haya comprendido antes.

No debe aprender nada que no sea útil para alguna condición de la vida.

Todos los estudios deben formar un conjunto, todos deben proceder de una misma raíz.

Los discípulos deben aprender no solo á entender, sino á espresar lo que entienden.

El discurso y el conocimiento de las cosas deben ir juntos.

La lectura y la escritura deben aprenderse juntamente.

El conocimiento práctico de las cosas, es la parte más importante de la instrucción.

El conocimiento práctico de las cosas procede de aquí; lo que es percibido por los sentidos, se adhiere más pronto á la memoria; por cuya razón se recomiendan las pinturas.

Todo arte se aprende por la práctica; el maestro debe ejecutar la obra antes que el discípulo.—COMENIO.

Pocas reglas deben darse á los niños, pero á esas pocas deben unirse estrictamente.

Es mejor que las reglas se cimenten por la práctica de ellas

Debe manifestarse á los niños con bondad y según su carácter.

Debemos velar contra toda afectación en los niños, conservarlos naturales y preservar la belleza de su carácter.

Vuestros niños especialmente, que lo que aprendan no sea una carga.

Los niños no deben ser sobrecargados de juegos; los mejores son aquellos que ellos mismos discurren.

Las lecciones de los niños no deben ser un trabajo servil para ellos.

Aun sus diversiones vendrían á ser desagradables si se les obligara á ellas.

Debe despertarse en los niños el deseo de aprender, y solo se les debe hacer trabajar cuando se sientan inclinados á ello.

Sin embargo, no se debe permitir que los niños sean perezosos; y deben acostumbrarse á dejar las ocupaciones que les son agradables, para tomar otras que lo sean menos.—LOCKE.

Siempre he creído que hace adelantar á la raza humana, el hombre que hace adelantar á los jóvenes.—LEIBNITZ.

## EL PERRO Y EL SERENO.

[FABULA.]

*El que haga mal como ciento,  
No espere mal como uno,  
Que eso sería importuno,  
Como lo prueba este cuento.*

A un perro que le mordió  
Clavó del chuzo la punta  
Cierta sereno, y le hirió;  
Y su dueño que lo vió,  
Le dirigió esta pregunta:

—«¿Con la punta, pesiamí,  
Le dais, y no con el rabo?»—  
Y el otro le dijo: «sí,  
Con la punta. ¿Acaso á mí  
Mordióme el can con el rabo?»

## LA BURRA, EL MONO Y LA MONA.

[FABULA.]

De un hondo precipicio en la pendiente  
Dióle á una pobre burra un accidente,  
Quedando desmayada  
Y espuesta á dar consigo en la hondonada,  
Si no la socorria  
Un mono que allí cerca discurría.

Este, en vez de evitar el lance bravo,  
Le colocó una aliaga bajo el rabo;  
Y diciendo después *esto te aplico*,  
Con otra aliaga le frotó el hocico,  
No sin reirse y celebrar la cosa  
Cierta monilla, del monazo esposa,  
Que abajo se encontraba,  
Y el gatuperio aquel mirando estaba

Vuelve en esto la burra de repente.....  
¿Y cómo no volver? de su accidente,  
Y de la aliaga y del dolor movida,  
Dá al mono frotador tal embestida,  
Que sin valerle al tal la ligereza  
Con que quiere evadir el tope fiero,  
Por el derrumbadero  
Le lanza al precipicio de cabeza.  
Verdad es que la burra en tal instante  
Se derrumba también de tronco en rama;  
Pero por fin encuentra blanda cama  
En el mono á quien lleva por delante,  
Y además en la mona picarilla,  
Que hallándose en estado interesante,  
Correr no puede ya, por más que chilla.  
En fin, la burra los cogió debajo,  
Y con ese cojón, no sin trabajo,  
Logró salvarse haciéndolos tortilla.—

*Bien al mono le estuvo lo ocurrido,  
Y á la mona también. ¿Quién les mandaba  
Añadir aflicción al afligido?*